

UMBERTO JARA

ABIMAEI

EL SENDERO DEL TERROR



Abimael Guzmán
(a) camarada Gonzalo

Augusta La Torre
(a) camarada Norah

FUNDADORES DE SENDERO LUMINOSO

Abimael

UMBERTO JARA

ABIMAE

EL SENDERO DEL TERROR

*A Olga y Humberto, que transitaron con
entereza el valle de sombra de esos tiempos.*

*A mis compañeros del colegio Salesiano San
Juan Bosco y a mis amigos, en Ayacucho, que
tras los años felices enfrentaron los perversos
años del terrorismo.*

AGRADECIMIENTOS

Tuve el privilegio de conocer en mis años juveniles a Felipe Ortiz de Zevallos y la enorme suerte de aprender trabajando con él en años duros de terrorismo e hiperinflación. Me enseñó muchas cosas importantes, entre ellas a tratar de entender el Perú reparando en sus matices. Su intervención fue fundamental para la publicación de mi primer libro de investigación en el 2003 y, esta vez, con este arduo libro, FOZ, siempre solidario y generoso, me permitió llegar a destino.

Mi hermano Carlos Jara Flores fue fundamental para que estas páginas hayan sido posibles. Con enorme paciencia y tesón me ayudó en laboriosas tareas de investigación, clasificación de material, revisión de textos, además, de inteligentes aportes.

A Rafael Aguilar, Gianfranco Castagnola, Luis Cieza de León y Carlo Reyes Cestti gracias una vez más.

A María Fernanda Castillo de Planeta Grupo Editorial, porque aún existe alguien en cuya palabra se puede confiar y porque su respaldo e insistencia fueron fundamentales.

A la paciencia de mi editor Rubén Silva, crudo en sus críticas, como debe ser, exigente para mejorar el texto y preciso en sus acotaciones.

A Carlos Sotomayor Wendorf, Sengo Pérez, Danitza Navarro, Rafaella Castagnola, Antonio Sam, Marcela Jara y Neli Armas, cada uno sabe por qué.

Tras mis varios viajes a Ayacucho, le debo especial gratitud a quienes colaboraron generosamente con sus recuerdos y documentos, en especial a Tatiana Pérez García Blásquez por permitirme molestar duros recuerdos suyos; a Arturo Tineo Cabrera, por sus recuerdos precisos y su buen humor; a Carlos Valdez Medina, por su apoyo incondicional, a Rolando Sáez, Edwin Vásquez del Villar, Iván Alarcón Sierra y José Luis Gutiérrez.

Y a quienes no puedo nombrar, les alcanzo en silencio mi gratitud.

ÍNDICE

Una historia personal (a modo de prólogo)	13
Siempre un forastero	23
El inevitable destino	55
Una boda sin Dios	77
Convertiré en fuego tu esperanza	93
El ídolo fatal de Abimael: Mao	119
Bella como una hoguera	145
Somos los iniciadores	175
Las llaves del infierno	191

UNA HISTORIA PERSONAL

(A MODO DE PRÓLOGO)

I

Los momentos que consideramos históricos para una sociedad o los instantes singulares para una persona no suelen tener un anuncio épico, simplemente suceden y les damos otra dimensión una vez que han ocurrido, cuando tomamos conciencia de sus efectos, de su influencia. Es verdad que existen acontecimientos que van anunciando la magnitud que pueden llegar a tener pero, incluso ellos, en su origen, tienen la textura de lo usual, de lo cotidiano.

En uno de sus libros más atractivos, Momentos estelares de la humanidad, el célebre ensayista Stefan Zweig se refiere a un hombre que vivía, en la ciudad de Zúrich, en la casa del zapatero remendón del barrio. Lo describe así: «Lo que saben de él los inquilinos de la casa es que no es muy hablador. Y poco más. Que es ruso y que su nombre resulta difícil de pronunciar. (...) no dispone de grandes riquezas, ni está metido en ningún negocio lucrativo, lo sabe la patrona por las frugales comidas y el gastado guardarropa de la pareja. Ese pequeño hombre bajo y corpulento es tan poco llamativo y vive tan discretamente como le es posible». De pronto, en marzo de 1917, ese vecino desaparece y Zweig anota: «el hombre que antes de ayer aún vivía en casa del zapatero remendón (...) dirige su primer discurso al pueblo. Las calles tiemblan. Y pronto empiezan los diez

días que conmocionaron al mundo». Era Vladimir Illich Uliánov, el camarada Lenin, el ideólogo en el inicio de la revolución que habría de implantar el comunismo en Rusia.

He recordado este pasaje porque en Ayacucho, hacia el año de 1972, un catedrático de la universidad San Cristóbal de Huamanga vivía junto a su esposa en el segundo piso de una casa ubicada en la calle San Martín n.º 216, justo frente a la casa en la que yo vivía con mis padres, mis dos hermanos y un pastor alemán saltimbanqui.

El vecino se llamaba Abimael Guzmán y atraía nuestra atención por su profunda seriedad. Vestido siempre con un terno holgado caminaba mirando al vacío o al piso como si estuviese pensando en algo muy distante. No saludaba ni le hablaba a nadie. Nos parecía un hombre mayor aunque, en realidad, tenía 38 años. En cambio, su esposa, Augusta La Torre, era distinta. Delgada, atenta, usaba vestidos sencillos y, cuando salía al balcón con su figura de muchacha bonita, no entendíamos por qué siendo tan joven (26 años) vivía con ese hombre extraño.

Un día mi hermana Marcela, que era una niña inquieta, y su amiga Teresa subieron al piso donde habitaba la extraña pareja por la casualidad de ayudar a un simpático muchacho que necesitaba subir unos paquetes con espléndidas chirimoyas. Era Boris, el hermano de Augusta, que solía visitarla cuando venía a la ciudad desde la hacienda que su familia tenía en Iribamba, Huanta. Ese día, a la hora del almuerzo, Marcela contó que los vecinos de enfrente «eran pobres» porque no tenían cocina, solo un hornillo que entonces se nombraba por su marca: Primus; no tenían cama sino un colchón en el piso y todo su mobiliario era una mesita con una máquina de escribir, tres sillas y un pequeño ropero. Mi madre dirigió la mirada a mi padre y dijo una frase que, para nosotros, fue

un enigma: «Viven así porque los comunistas viven a salto de mata» y, con buen tono, nos dijeron que debíamos tener cuidado en no ir a casa de gente que no conocíamos; pero algo flotó en el ambiente y sentimos que había algo más, algo extraño.

Lo supimos semanas más tarde cuando la calle se alborotó con la presencia de la policía, no los uniformados sino los de la Policía de Investigaciones que vestían como civiles y eran temidos por ser «los PIP que trabajaban en Seguridad del Estado». Vimos que se llevaban al profesor Guzmán esposado, en pijama y sin zapatos mientras su esposa Augusta iba detrás llevando una muda de ropa y una frazada. Aprendimos otra palabra, redada: había ocurrido una gran redada en la ciudad y estaban detenidos profesores de la universidad y otros dirigentes y militantes comunistas. La dueña de la casa le canceló a Guzmán el contrato de alquiler y nos lo cruzábamos, de cuando en vez, en la Plaza de Armas cuando íbamos al colegio. Tiempo después, Abimael y Augusta desaparecieron de la ciudad.

Otro personaje familiar pero de distinto talante era el rector de la universidad que apadrinaba a Abimael Guzmán y le dio carta abierta para el adoctrinamiento en las aulas. Se llamaba Efraín Morote Best. Era flaco como un lápiz, ceremonioso al saludar, con un bigotito cuidadosamente acicalado y una corbata pajarita popularmente llamada michi. Solía conversar con mi padre porque se conocían desde las aulas de la universidad San Antonio Abad del Cusco y porque al ser rector de la universidad era un personaje notable en la ciudad.

Morote Best —padre de Osmán, años más tarde dirigente principal de Sendero Luminoso, y de Katia, luego casada con el dirigente senderista Julio Casanova— tenía el bienestar de una casa de campo en la quebrada de Totorilla, a las afueras de la ciudad, con acceso por una carretera propia y con una tranquera para evitar

las visitas de extraños. El predio era un hermoso lugar de descanso, rodeado de verdor, añosos árboles, caballos dóciles y había el rumor de que allí se «reunían los comunistas de la universidad». En casa, mis padres solían ironizar refiriéndose a Morote como el comunista de costumbres burguesas que les enseñaba marxismo a sus trabajadores.

Así de cotidiano fue el tiempo en que se fue tejiendo la fatal urdimbre senderista. En la Plaza de Armas, junto a los diarios nacionales, se vendía Pekín informa, el vocero del comunismo chino, libros y folletos de Marx, Lenin, Mao y el difundido manual de Georges Politzer que enseñaba el abc de la dialéctica marxista. Conocíamos a los catedráticos que solían viajar a la China gobernada por Mao Tsetung —Hildebrando Pérez Huarancca, que habría de participar en la feroz matanza de Lucanamarca, fue a casa a venderle un jarrón chino a mi madre—; veíamos las marchas que organizaban; y ya cerca a 1980, empezaban a preocuparnos las descomunales disputas en la universidad que culminaban en medio de bombas lacrimógenas lanzadas por la policía para controlar los desmanes. Pero, al fin y al cabo, en la apacible ciudad de Huamanga, no pasaban de ser «los excesos de los universitarios».

En medio de esa aparente normalidad, nadie podía vislumbrar que se estaba gestando una organización terrorista como Sendero Luminoso que terminaría causando la muerte de decenas de miles de personas y habría de destruir la economía del país con un costo equivalente a la inmensa deuda externa peruana.

¿Por qué interesa lo escrito en los párrafos anteriores? Por una razón dramática. Un gran sector de peruanos —en especial aquellos que se supone tienen formación— han decidido enfrascarse en la guerra civil de las redes sociales denigrándose unos a otros por pasiones sin futuro; y, ocupados en gatillarse likes, posts y tuits cargados

¿Por qué interesa lo escrito en los párrafos anteriores? Por una razón dramática. Un gran sector de peruanos —en especial aquellos que se supone tienen formación— han decidido enfrascarse en la guerra civil de las redes sociales denigrándose unos a otros por pasiones sin futuro; y, ocupados en gatillarse likes, posts y tuits cargados de escarnio, creen que la realidad ocurre en esa burbuja artificial y mientras tanto en las calles se cumplen los veinticinco años de la captura del cabecilla senderista Abimael Guzmán Reinoso en medio de una enorme huelga magisterial, y nadie recuerda un dato sombrío: el senderismo, en sus inicios, logró infiltrarse en un sector del magisterio y siete meses antes de su levantamiento ocurrió una huelga de maestros que duró 118 días, desde el 4 de junio al 30 de septiembre de 1979. Dos décadas y media después se vuelven a escuchar nombres que se creían antiguos: Sendero Luminoso, Patria Roja, Puka Llacta (Tierra roja). Cuando no se hace caso a las alertas, cuando todo parece cotidiano, se van gestando malestares sociales que un día terminan expresándose con las formas que existen cuando la paciencia de los desplazados se agota.

II

En este libro, el lector hallará un retrato de Abimael Guzmán Reinoso desde el día de su nacimiento hasta el año de 1980, que nos permite mostrar las claves que lo llevaron a convertirse en el líder de una agrupación tan violenta como Sendero Luminoso. Junto a él se presenta, por vez primera, la historia de su primera esposa, Augusta La Torre Carrasco, la camarada Norah, desde una perspectiva que siempre fue soslayada: el rol fundamental que tuvo en la formación y en el accionar militar del senderismo. Sin la presencia

de esta mujer, Guzmán jamás habría podido llevar adelante su «lucha armada».

A partir de las vidas de estos dos personajes se narra cómo, de 1962 a 1980, se formó Sendero Luminoso y por qué surgió en Ayacucho y en una universidad.

La información ha sido obtenida tras una investigación de cuatro años que permitió acceder a fuentes de primera mano.

En primer lugar, un manuscrito de más de 400 páginas en el cual el propio Abimael Guzmán relata episodios personales de su niñez, adolescencia y adultez; de su vida política —sus viajes a China y su admiración profunda por Mao— y todas las tareas que, junto a Augusta La Torre, desarrollaron a lo largo de dieciocho años para dar nacimiento a Sendero Luminoso y, finalmente, las razones por las que decidió iniciar su «guerra popular».

Realicé diversos viajes a los lugares que sirven de escenario a los hechos que se relatan en el libro. Además de buscar testimonios, la finalidad también fue tener una mirada directa que permita confrontar los años antiguos con los días actuales. Al viajar por Ayacucho (Huamanga, Huanta, Chuschi, Vilcashuamán, Vischongo, Pomacocha y el valle del río Pampas); Arequipa (El Arenal, Mollendo y Arequipa); y Cusco (Sicuani) uno siente cuán frágil es nuestro país y cuán miserables son los gobernantes enriquecidos por corrupción.

Una fuente valiosa de información han sido los testimonios de personas que tuvieron trato personal con los personajes de esta investigación. Arturo Tineo Cabrera, cuya formación intelectual y conocimiento real de la historia ayacuchana, permitieron charlas enriquecedoras sobre todo por la circunstancia de haber sido primo de Augusta La Torre con quien tuvo trato cercano desde la niñez y hasta el momento en que ella se casó con Guzmán.

Otro testimonio importante corresponde al periodista Carlos Valdez Medina, dueño de una visión amplia por haber sido amigo de la familia La Torre, luego compañero universitario de Augusta y dirigente en el Frente Estudiantil Revolucionario cuando los futuros líderes de Sendero empezaban sus tareas y, más tarde, cuando explotaron los años más duros del senderismo, un destacado y valiente corresponsal de guerra.

Las conversaciones con catedráticos y alumnos que estuvieron en la universidad San Cristóbal de Huamanga entre los años 1962-1980 permitieron armar un contexto de esos años; destaco la serena visión de Carlos Valer, afincado en la ciudad y en la universidad desde los años sesenta y dueño de una valiosa calidad intelectual.

Finalmente, hay información que proviene de documentos publicados por militantes de Sendero Luminoso; material revisado en la biblioteca de la Universidad San Cristóbal de Huamanga y en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional del Perú. También fueron consultados diversos libros que están citados en el texto y, en especial, los trabajos de Carlos Iván Degregori y Ponciano del Pino, dos estudiosos realmente serios y acertados en su aproximación al fenómeno senderista.

En lo personal, me fue de enorme utilidad el haber vivido en Huamanga, la capital de Ayacucho, los primeros dieciséis años de mi vida. Una parte de esos años coincidieron con el periodo en que Abimael Guzmán Reinoso y Augusta La Torre Carrasco fueron gestando la formación de Sendero Luminoso (1962-1980). Luego seguí vinculado a mi ciudad visitándola cada año hasta 1985, años en que brutales acciones senderistas se mezclaban con el violento actuar del ejército. Esta circunstancia de vida me permitió incorporar experiencias sobre episodios cruciales, conocer a varios de los protagonistas, cultivar la amistad de testigos privilegiados, acceder

a historias, sufrir el dolor por la muerte de amigos y entender la difícil experiencia de la emigración.

III

Hace veinticinco años, el 12 de septiembre de 1992, la captura de Abimael Guzmán y su cúpula marcó el inicio de la reconstrucción de un Perú devastado. Sin embargo, veinticinco años después existen dos nuevas generaciones de peruanos para los cuales esa fecha no significa (casi) nada y, por su parte, muchos de los que vivieron los cruentos episodios terroristas consideran que es una historia archivada.

No se percibe con claridad que en el país siguen vigentes los combustibles del malestar social: la pésima distribución de la riqueza que acentúa la pobreza, la falta de atención del Estado a la población más necesitada, la ineptitud o el temor para aplicar políticas públicas, la ausencia de institucionalidad y una gran masa de jóvenes con expectativas que empiezan a frustrarse.

En suma, no se ha llegado a entender que la violencia se engendra cuando la pobreza termina desesperando a los que la padecen.

Umberto Jara

Ayacucho, septiembre de 2017

Es calamidad de estos tiempos que los locos guíen a los ciegos.

WILLIAM SHAKESPEARE

Esto ha pasado y, por lo tanto, puede volver a pasar.

PRIMO LEVI

SIEMPRE UN FORASTERO

*Un día será demasiado tarde, y entonces no se sentirá
ni de aquí ni de allá. Se sentirá forastero en todas partes,
y eso es peor que estar muerto.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

A 979 KILÓMETROS AL SUR DE LIMA, en el n.º 300 de una avenida llamada Independencia, existe una casa construida hace un siglo con los materiales de la zona: quincha, adobe y madera. Tiene un techo protegido con barro y una leve inclinación para escurrir el agua de las garúas tenues que la mojan en los inviernos. Sus paredes están teñidas con un lánguido color amarillo y sus dos puertas y dos ventanas, siempre cerradas, en el día y en la noche, tienen el color marrón prieto de los ataúdes. Aunque está ubicada en el centro mismo del pueblito, frente a la diminuta plaza, tiene encima la decrepita penumbra del tiempo. Sobre la oscura puerta principal cuelga un largo tubo fluorescente que nadie enciende y, así, en las noches, parece un fantasma del pequeño poblado. Su antiguo propietario ya no existe y sus actuales poseedores la mantienen intacta. Una leyenda urbana cuenta que el hijo del fallecido dueño habría ordenado conservarla tal cual fue edificada. Cierta o no la leyenda, quienes hoy la habitan, con un miedo que no saben explicar, han preferido construir su vivienda sobre el patio que existía al fondo y no han tocado ni un adobe de la vieja casa. Las gentes de la aldea prefieren ignorarla. No les genera ningún orgullo; más bien les convoca lúgubres recuerdos. Por eso, los vecinos más antiguos,

cuando algún visitante curioso pregunta por ella, dicen, con tono apagado, en voz tenue: «Es la casa de Abimael».

El pueblito se llama El Arenal. Está ubicado a cuarenta minutos de la ciudad de Mollendo y se desdobra a ambos lados de la Panamericana Sur. A mano derecha están los modestos campos de cultivo del valle del río Tambo y, a mano izquierda, sobre una leve loma, las calles con sencillas viviendas. Lo habitan poco más de 2500 pobladores que viven de los cultivos de arroz, cebollas y ajos. Atienden la mesa hogareña con la pesca de consumo a cargo de pacientes cordeleros de peñascos y orilla, laboriosos recolectores de mariscos y uno que otro pescador que, en botes de vieja madera, se aventura a las frías aguas del océano Pacífico. En la desembocadura del río Tambo, que anega los campos de arroz, se afanan los camaroneros obligados a trabajar de noche alumbrando las aguas con linternas para distinguir el lomo brillante de los camarones. La suma de todos estos oficios provee el pan de cada día a esa comunidad de la costa sur del Perú.

Para sus gentes amables, serenas y laboriosas, solo existe el recuerdo sombrío de la casa de Abimael Guzmán. Pero, en realidad, el dato no es certero porque doña Blanca Valdivia de Álvarez tiene una precisión guardada en su memoria. Es una anciana moradora del lugar, nacida el 30 de septiembre de 1930 —cuatro años antes que Guzmán y con quien, en la adolescencia, compartió un mismo techo en la ciudad de Arequipa—¹. Ella, sentada en una banca de la única plaza de El Arenal, sostiene que la casa fue construida por el comerciante Abimael Guzmán Silva, pero en ella no nació ni vivió su hijo Abimael Guzmán Reinoso porque la madre, Berenice Reinoso Cervantes, lo alumbró en la cercana ciudad de Mollendo. No le falta razón porque

1 Entrevista en El Arenal, 6 de octubre, 2012.

el propio Abimael perfecciona el antiguo recuerdo: «Nací el 3 de diciembre de 1934, en el puerto de Mollendo, en La Aguadita para más señas, provincia de Islay de la República Independiente de Arequipa con bandera, himno e historia propios, parte entrañable de este Perú y su pueblo del cual soy hijo»².

Aquel 3 de diciembre fue lunes y a las tres de la tarde, Berenice, una joven muchacha arequipeña de veinticuatro años de edad, alumbró a Rubén Manuel Abimael Guzmán Reinoso asistida por la comadrona Isabel Inca en una casa de la calle Villegas n.º 71 del barrio de La Aguadita, en la ciudad de Mollendo, y, aunque el futuro oficio del niño sería el de proveedor de violencia y muerte, alguien, a quien le era imposible saberlo, le dio en bautizo la ironía de un nombre bíblico: Abimael que, en hebreo, significa «Mi padre es Dios».

La Aguadita es un malecón de apenas cien metros de extensión que da a una pequeña quebrada que termina en el mar y cuyo subsuelo contiene aguas termales de origen inexplicable porque fluyen casi a orillas de las frías aguas marinas. A inicios del siglo pasado, se construyeron pozas termales cubiertas por habitaciones de madera, que aún se mantienen, para recibir a los ancianos en busca de alivio para sus dolencias. Don Héctor Valdivia Aizcorbe, vecino de ochenta y un años de edad que llegó al lugar «huyendo de una travesura» y se quedó para siempre «por otra travesura con una muchacha del barrio» vive frente al malecón en la calle Melgar 392, y todos los atardeceres, abrigado con una bufanda, sale a tomar el aire, a mirar el paisaje de siempre y a fumar parsimoniosos cigarrillos que tiene prohibidos encender en casa. Él recuerda la romería de enfermos porque «llegaban a las cuatro de la mañana, iluminados con velas

2 Abimael Guzmán Reinoso, *De Puño y Letra*, Mano alzada editor, Lima, 2009, pág. 27.